Cristina Patiño Eirín
Universidade de Santiago de Compostela

Emilia Pardo Bazán en la prensa: Algunas notas y tres crónicas habaneras más

Un periodista militante llamado Ernesto Bark dijo una vez, y lo dejó escrito, que autores como Pereda o Pérez Galdós llegaban a hacérsele pesados y presuntuosos porque se les notaba en exceso no haber pasado, antes de ser afamados novelistas, la escuela previa del periodismo; y ello a diferencia de Pardo Bazán, llegaba a señalar, quien "conserva el gracejo y la vivacidad de su dicción en gran parte por seguir sus brillantes campañas de publicista"[1].

Escasamente conocida hasta ahora, la labor periodística profesional de Emilia Pardo Bazán, que desplegó sus talentos literarios y ensayísticos en gran medida gracias al cauce de la prensa en el que desde muy temprano transitó y que vendría a ser hasta su muerte medio de difusión nunca abandonado, constituye uno de los más interesantes rescates de los últimos años. A menudo olvidamos el alcance real que las publicaciones periódicas llegaron a tener como canales de publicación inmediata y sancionadora de textos luego reunidos en libros, y como vías de llegada a un receptor curioso, ávido de noticias, que veía en la revista o el periódico su único modo de instrucción y recreo cotidiano derivado de la lectura.

Pero no fue tan sólo una vía de emisión, penetración y recepción que hizo circular sus esfuerzos poligráficos de manera más rápida –tanto como el hilo fotográfico-,[2] y diversificada, la prensa supuso para doña Emilia un modo de expresión, una modalidad de comunicación con el mundo circundante, un

---

[1] *Filosofía del placer o Filosofía de la dicha* , Madrid, Biblioteca Germinal, 1907, p. 43. *Vid.* Dolores Thion Soriano-Mollá, *Ernesto Bark. Un propagandista de la modernidad (1858-1924)*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil Albert", 1998.

[2] El símil es suyo. También se declara "individuo de la prensa" (*Por Francia y por Alemania*, p. 183).

aprendizaje que le brindaría el conocimiento de un oficio y, por ende, el título, que para sí quiso y reclamó, de periodista[3]. Dos son las empresas fundamentales en que quedó plasmada esta faceta suya, siempre cultivada en los silencios de su gabinete o en el órdago de sus viajes, como cronista, corresponsal y reportera enviada especialmente allí donde un acontecimiento cultural o literario pudiese reclamar su atención. El primero de ellos, a cuya feliz exhumación asistimos, el más temprano, se inserta en su periodo de iniciación a la escritura novelística, en un tiempo en el que se da a conocer al público madrileño como autora de *Pascual López. Autobiografía de un estudiante de medicina* (su primera novela, de 1879, inicialmente aparecida por entregas en la *Revista de España*); el segundo, más propiamente literario, cuya autoría total, a diferencia del anterior, corresponde únicamente a Pardo Bazán, que en su fundación invirtió la herencia paterna, recibirá en homenaje feijoniano el título de *Nuevo Teatro Crítico*, con el cual vivirá una existencia de casi tres años, de 1891 a 1893. Recientemente, tras la antología que Cyrus DeCoster les dedicó en 1994 (Madrid, Pliegos), han sido reunidos todos los artículos que para *La Nación* de Buenos Aires escribió a lo largo de más de cuarenta años de dedicación cronística en los que hizo cierta aquella afirmación suya en virtud de la cual:

....en la crónica todo encaja bien: sus dominios abarcan la inmensidad de la vida, y no únicamente la vida social, que al fin es una mínima parte de la vida propiamente dicha, y sólo a su exterioridad responde. Mas aun cuando limitásemos el terreno de la crónica acotándolo donde terminan las costumbres, siempre estarían dentro de la crónica, y sin violencia, las benditas ánimas[4].

Felizmente, ya que esta contribución ensancha de manera trascendental el alcance periodístico de la pluma de la autora coruñesa, disponemos hoy de la colección completa de la contribución pardobazaniana al diario bonaerense merced a los trabajos de Juliana Sinovas Maté, su editora (*La obra periodística completa en* La Nación *de Buenos Aires (1879-1921)*, A Coruña, Editorial Diputación Provincial, 1999, 2 vols.). A la tesis doctoral de Emilia Pérez Romero, dirigida por Marina Mayoral y centrada en ofrecer nutrida relación de las colaboraciones que doña Emilia firmó[5] viene a

[3] Castromil señala, en artículo citado más abajo, que fue la primera mujer española a la que se expidió una tarjeta como Corresponsal de Prensa, en 1888 y 1889, como comprobaremos a través de ella misma.

[4] *De siglo a siglo, (1902), p. 138; idea esta que aparece bajo el título, bien elocuente, de "Menestra" en La Ilustración Artística, 1898, 881, p. 730*

[5] "Los artículos periodísticos de Emilia Pardo Bazán", Universidad Complutense, Madrid, 1999, inédita.

sumarse la que Eduardo Ruiz-Ocaña Dueñas, bajo la dirección de Ana Mª Freire[6], ha preparado en orden a examinar *La Ilustración Artística* de Barcelona en este sentido. La moción de ambas tesis doctorales demuestra la necesidad de recuperación y análisis de una parcela de la poligrafía de Pardo Bazán cualitativa y cualitativamente muy valiosa.

No es exagerada, pues, dada su dedicación, su autoadscripción al género periodístico, su asumida "condición de individuo de la prensa", como atestigua el orgullo publicístico de poseer salvoconducto: "Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización)", precisa en 1889, en *Al pie de la Torre Eiffel*. Consecuente con el papel que otorga a la prensa, no se lo escatima tampoco a la hora de atribuirle influencias en el terreno de la novela, influencias que la palpitante actualidad del día determina ("La prensa influye más de lo que se cree en la novela. En *Realidad*, de Galdós, por ejemplo, hay *ritornelos* del estrepitoso crimen de la calle de Fuencarral", escribe al reseñar *El Maestrante*). La prensa como reducto novelesco cobra protagonismo en algunos de sus escritos, como aquel en el que evoca su filiación periodística con ánimo de mostrarla como vehículo el más idóneo, resolutivo y mayoritario: "No tengo autoridad para enseñar; pero hablo, y hablo donde puedan oírlo, en *El Imparcial*, en *El Liberal*, en *El Español*, en *La Época*, en diez o doce periódicos donde colaboro –no en libros recónditos, de difícil adquisición y manejo", para, a continuación, tratar el sensacionalismo como fenómeno rentable y derivado de un tratamiento distorsionadamente novelesco de la realidad:

Porque aumente la suma de veinticuatro a treinta ediciones que tira el periódico cada día; por elevar a millón y medio el millón doscientos mil ejemplares, el periodista amarillo (de EE.UU.) era capaz de organizar el incendio y el asesinato. (...) La barbarie que late en toda civilización violenta y extremada, el predominio de la imaginación en los pueblos muy jóvenes, prestaron influjo a la prensa novelesca.

No siempre las conexiones literarias de la prensa resultan dañinas, lo sabía ya antes de acometer la fundación del *Nuevo Teatro Crítico*; en sus "Apuntes autobiográficos" escribió:

---

[6] "La obra periodística de Emilia Pardo Bazán en *La Ilustración Artística* de Barcelona (1895-1916)", Tesis doctoral, inédita, Facultad de Filología de la UNED, 2003.

En España, la prensa en conjunto está absorbida por dos de las cosas que preocupan a los españoles, a saber: la política y los toros; no quita para que individualmente domine en ella un elemento literario, y aun hablando de toros y política y relegando al sótano lo concerniente a letras, se derroche ingenio y discreción en nuestras hojas.

Pardo Bazán sabe muy bien cuál es el cometido de la prensa, cuáles sus herramientas y modos. Esencial es la rapidez, como la difusión extensiva y la exactitud, de su procedimiento. En alguna ocasión, en *Por Francia y por Alemania*, llegará a estipular una sucinta poética de la crónica periodística, muy acorde con los condicionantes constitutivos del subgénero –la subjetividad es permitida, los trazos impresionistas valen orientados a un público competente: la necesidad de escribir *de omni re scibili*, y deleitando e interesando, aunque se trate de materias de suyo indigestas y áridas, obliga a nadar a flor de agua, a presentar de cada cosa únicamente lo culminante, y más aún lo divertido, lo que puede herir la imaginación o recrear el sentido con rápida vislumbre, a modo de centella o chispazo eléctrico. En crónicas así el estilo ha de ser plácido, ameno, caluroso e impetuoso, el juicio somero y accesible a todas las inteligencias, los pormenores entretenidos, la pincelada jugosa y colorista, y la opinión acentuadamente personal, aunque peque de lírica, pues el tránsito de la impresión a la pluma es sobrado inmediato para que haya tiempo de serenarse y objetivar. En suma, tienen estas crónicas que parecerse más a conversación chispeante, a grato discreteo, a discurso inflamado, que a demostración didáctica. Están más cerca de la palabra hablada que de la escrita. Ley aplicable en general a todo el periodismo, y particularmente al que ha de leerse en la América del Sur. (...Basta) aquella cualidad que según Byron, era esencial a la belleza femenina, y en mi entender lo es a la prensa, la animación. Animación que nace a veces de "superfluidades y personalismos que en la crónica periodística se excusan y en el libro desdicen". En aras de la animación, doña Emilia disculpa las prisas de las prensas, sabe que el que sabe bien el oficio no incurrirá en graves defectos como los que detectó Luis Alfonso en relación con el lenguaje y que vio corregidos gracias entre otros a la propia autora coruñesa, con la que mantuvo una encendida polémica: "con Pérez Galdós, Valera y nuestra irritable doña Emilia, ha ganado mucho el idioma patrio, atacado de galicismo como de viruelas y cada día más convencional, por culpa de esa fabricación de frases, como de tarjetas, al minuto, que se llama periodismo". La prensa cumple elevadas tareas de rango histórico, la mayúscula no es ociosa, incluso en épocas de censura férrea, como las que estudia en *La revolución y la novela en Rusia*:

Amordazada y todo, la Prensa es el pan del alma para el ruso. Por lo mismo que no tiene cámaras ni tribunas, adquiere doble valor la palabra escrita. Fue la Prensa

(...) fundación de Pedro el Grande, y duró, con carácter puramente literario, hasta el reinado de Alejandro II, en que revistió formas políticas".

Gracias a la labor rigurosa de su editora e introductora, la profesora Ana Mª Freire López, asistimos a la recuperación de la primera revista que doña Emilia dirigió y a cuya factura contribuyó además con artículos, reseñas y notas[7]. Un tesoro de capacidades desplegadas con sentido unitario afortunadamente rescatado. Había un vacío que quiso llenar, un vacío clamoroso en el capítulo de la recensión de libros, para el cual reservó siempre energías selectas: en carta a Polo y Peyrolón apuntará, en La Coruña, en junio de 1888, razones de ese dolor ante el silencio periodístico orquestado contra la publicidad de ciertas obras literarias, aunque curiosamente no esgrima el caso de *La Regenta* como botón de muestra: "La prensa está en el pie de no hablar de libro alguno, exceptuando aquellos de cuyos autores van ellos mismos de redacción en redacción, con el suelto en la mano muchas veces, listo y corriente ya para pasar a las cajas. Con decirle a V. que no han dicho *esta boca es mía* a propósito del libro de Galdós (*Fortunata y Jacinta*) le parecerá a V. muy natural que de mis *Pazos de Ulloa* tampoco hayan escrito media palabra (del segundo tomo hablo)". Esta cuestión la subleva como se echa de ver en la reiterada y convencida alusión presente en "Cartas a un literato novel", del *Nuevo Teatro Crítico*, donde su asesoría no olvida una explícita e incitadora recomendación:

****

Realmente, son muchas las ocasiones en que Pardo Bazán reflexiona acerca del hecho periodístico, su función y alcance, su confluencia con la literatura y su paradójica especificidad. Ya sea al meditar acerca del trabajo de rasguear crónicas, ya sea cuando llama a Cervantes "periodista a la moderna" o pergeña todo un modelo de revista literaria como es el *Nuevo Teatro Crítico*, a cuya composición y sentido ha dedicado páginas esclarecedoras el profesor Varela Jácome, doña Emilia está construyendo una parte fundamental de su edificio poligráfico. Parte, acaso cimiento, que ya mereció en su día el interés de Carmen Bravo-Villasante, que publicó hace años un artículo con el título de "Emilia Pardo Bazán y el periodismo".

Es necesario aquilatar en sus justos términos tal reflexión y la exhumación de su primera empresa editorial de esta índole llevada a cabo

---

[7] *La Revista de Galicia de Emilia Pardo Bazán (1880)* . Estudio y edición facsimilar de Ana Mª Freire López, A Coruña, Servicio de Publicaciones de la Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1999.

por Ana Freire constituye un referente esencial, una iniciativa necesaria e "ineludible", "de reparación intelectual", como la califica en el Prólogo el Dr. Domingo García Sabell. La implicación de la autora fue muy intensa, lo ha advertido D. Flitter: "We sense at many moments that one of doña Emilia's self-appointed tasks was to inscribe her own name into the literary panorama that the journal allows us to view"[8]. A lo largo de un demorado y enjundioso estudio Ana Mª Freire López cumple los objetivos señalados en su Presentación y avalados por la esforzada y feliz edición facsimilar: "la reconstrucción de una historia, con minúscula, que pudiera servir a la Historia de la Literatura y a la del Periodismo" (p. 15). Subsanar el desconocimiento imperante acerca de la ingente labor periodística de una autora más conocida por sus polémicas y novelas es algo que esta edición consigue con creces y muy meritoriamente, tras superar la dificultad inicial de reunir los veinte números de la *Revista de Galicia. Semanario de Literatura, Ciencias y Artes*, dispersos en bibliotecas gallegas y reunidos en su totalidad, del 4 de marzo al 25 de octubre de 1880, gracias a la labor de la editora, que los ha rescatado de la Real Academia Galega, la Fundación Penzol y la Biblioteca de Menéndez Pelayo. Es impecable la reproducción facsimilar de la colección y muy confortable su lectura; la Fundación Pedro Barrié de la Maza, que la auspicia, ha llevado a cabo una encomiable labor editorial.

El Estudio aparece vertebrado por una decena de epígrafes que agota el asedio analítico que la publicación suscita contextualizando la historia previa ("escarceos en el periodismo", p. 18) de Pardo Bazán en relación con el discurso periodístico coruñés, gallego y español de los años ochenta del siglo XIX hasta llegar a la *Revista de Galicia*, concebida como proyecto cultural bilingüe para una Galicia que quisiera equiparar al país lector de la *Revista de España* o de la *Revista Europea*. Ana Freire indaga con profundidad en el origen fundacional de la revista, que asimila a otras también dirigidas por mujeres en las que Pardo Bazán, al decir de A. Freire, nunca colaboró (p. 20), en los aspectos empresariales de la publicación, en la conformación de sus colaboradores, y culmina su estudio con las etapas y contenidos que la revista contuvo y que no habrían de sobrevivir a su cese un tanto brusco, tras ocho meses de aparición, excepto ahora cuando su recuperación es un hecho.

Remontarse al periodo formativo de la autora gallega supone en efecto calibrar sus colaboraciones periodísticas y avizorar su alcance literario (cuando anuncia la aparición de la *Revista de Galicia* a Menéndez Pelayo no deja de ponderar su respeto a "los fueros de la verdad y del buen sentido",

---

[8] *Vid.* su reseña del presente libro, "La *Revista de Galicia* de Emilia Pardo Bazán. Edited with an introduction by Ana María Freire López, A Coruña/Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, 1999", *Galician Review*, vols. 3-4 (1999-2000), pp. 133-135.

pero tampoco silencia el "primor literario" como *desideratum*, aquí imposible dada la autoría colectiva, sí presente en la revista que sólo pudo fundar con el importe de la herencia paterna y con su talento, el *Nuevo Teatro Crítico*). El ejercicio de la prensa contribuyó a favorecer hábitos de escritura, en algunos casos elusiva, a ejercitar resortes de estilo y a fraguar una confianza en sí misma que se irá afianzando progresivamente al socaire de sus actividades como divulgadora de saberes científicos a lo Feijoo, reportera, articulista, corresponsal que envía crónicas a los periódicos que la facultan para ello en el extranjero... En un reciente trabajo, Ana Mª Freire persiste en explorar la escritura periodística de la autora de *Insolación* recordando su especial aptitud para las tareas periodísticas, no en vano fue catalogada como tal por Ossorio Bernard, la asiduidad de sus crónicas, la inicial "discreta penumbra de las revistas regionales" y sus años formativos y sus aportaciones a las principales cabeceras[9].

La publicación completa de los artículos de *La Nación*, a cargo de Juliana Sinovas Maté, antes aludida, viene asimismo a dibujar con matices nuevos (es lástima que la edición no esté limpia de erratas) el cuadro de la obra de Pardo Bazán y su preciso régimen de colaboración habitual. Muchos son los recovecos de su producción que están ahora mejor iluminados, muchos los pormenores que generosamente brinda a sus lectores de allende los mares y, si no hurta, filtra con más grueso cedazo a los de aquende. Junto a los asuntos consabidos, se tiene la impresión de acceder a una porción de secretos, de intimidades bien guardadas, como si la autora se desinhibiese en función de un proceso de comunicación específico engrandecido por la distancia geográfica.

Muy feliz es también el rescate de los artículos en el *Diario de la Marina*[10], múltiples las implicaciones de estas "Cartas de la Condesa" que sirven de caja de resonancia de tantos latidos literarios, sociales, políticos, culturales, misceláneos, en fin.

Todavía está por sustanciarse el contenido exacto de estas actividades, sobre todo de las que se vertieron en periódicos peninsulares, europeos y ultramarinos que dieron cobijo a escritos de circunstancias, de juventud o no, poemas y cuentos cuya filiación en la prensa aún está por determinar con precisión[11]. Curiosa como era, la prensa le ofrecía la posibilidad de extremar

---

[9] "La obra periodística de EPB", en *Estudios sobre la obra de EPB. Actas de las Jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, Edición de A. Mª Freire López, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, pp. 115-132.

[10] A cargo de Cecilia Heydl-Cortínez, abarcan de manera selectiva los años 1909 a 1915. La compilación reúne treinta y siete de los sesenta y ocho que la editora contabiliza (Madrid, Pliegos, 2002). Contribuimos al conocimiento y difusión de otros tres en el Apéndice.

[11] Escaso era, antes de las ediciones que repertorian gran parte de los hasta ahora desconocidos artículos de la autora, el número de estudios que daba cuenta de esta

ese rasgo suyo, de recoger en directo "los latidos de la opinión", de terciar en animadas polémicas y adiestrar los movimientos de una pluma vivaz y proteica. La hemos visto lucir con orgullo su acreditación de publicista. También atribuye a la prensa una capacidad nada exigua de influencia sobre la novela; de hecho, el noticierismo nutre la novela y el cuento, sus novelas y cuentos, de manera más que notable. Por otro lado, la crónica le deja exhibir sin pudor ciertas "superfluidades y personalismos" que no tienen acomodo en otros espacios, de ahí que la biografía íntima y familiar de nuestra autora haya de recomponerse mediante el examen minucioso de la prensa (amistades, tratos editoriales, encuentros, afectos domésticos, incluso nombres de sus perros –Dick, Ito, Cipión, Berganza, Kaiser, Prim-, vicisitudes de su entorno, de su salud, etc., sólo pueden conocerse y espigarse ahí). La Prensa, a su juicio, no merece el impostado desdén que algunos le dirigen empleando insultos como *papeluchistas*. Pero la prensa no es homogénea y Pardo Bazán se percata pronto de su diversa morfología y funciones. Parece postular un rigor y seriedad también para la ligereza de la hoja volandera, no le gustan ni el amarillismo ni otras demasías como el contagio del folletín; tampoco la dedicación monotemática a la política o los toros que circunstancialmente observa. Colaboradora en decenas de publicaciones de gran difusión, menos conocida es, por vía de ejemplo, su participación en revistas como *Arte y Letras*, *Galicia Moderna* (La Habana), *El Correo Español* y *Fray Mocho* (ambas de Buenos Aires) o en la *Revista Filipina. The Philippine Review* (revista mensual bilingüe)[12].

Su entrega al periodismo, una vocación para ella, se produjo de manera más acusada, como ocurrió en general, tras la Ley de Imprenta de 1883, que ensanchó la industria e hizo que la publicidad irrumpiese con fuerza y mejorasen la tipografía y el fotograbado a ojos vista dada la competencia creciente del mercado. Pronto habría textos que revelaban una técnica de la escritura periodística que Pardo Bazán pudo conocer o intuir[13]. Como en el

---

faceta. *Vid.* Mª del Carmen Castromil, "EPB y la prensa", *La Gaceta de la prensa española*, mayo-junio de 1959, pp. 228-229; Alfredo Elías, "Las crónicas de doña Emilia", *Hispania*, 1940, XXII, pp. 223-228; Mª del Carmen Porrúa, "Producción y recepción de EPB en el diario *La Nación* de Buenos Aires (1880-1899)", *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1992, pp. 1409-1419; Juliana Sinovas Maté, "Nuevos artículos periodísticos de EPB: Precisiones bibliográficas", *Voz y Letra*, XI/1, 2000, pp. 115-119.

[12] Sinovas Maté da noticia de esta colaboración, y de otras dos más desconocidas aún. Una de ellas consiste en la publicación en español e inglés de la correspondencia cruzada entre la Condesa y el editor y propietario de dicha revista, D. Gregorio Nieto entre 1916 y 1921, *vid.* su artículo citado *supra*, también para las referencias bonaerenses anteriormente citadas, pp. 116-117.

[13] En 1891 apareció el *Manual del perfecto periodista* , de Ángel y Carlos Ossorio y Gallardo (Madrid, La España Editorial) y en 1906, de Rafael Mainar, *El arte del periodista*, Barcelona, Sucesores de M. Soler.

caso de Leopoldo Alas, late en su escritura periodística un fondo formativo y altruista un tanto utópico[14]. De todos los géneros periodísticos, como él, no deja de cultivar ninguno. Ya sean endógenos, propiamente periodísticos (suelto o gacetilla, artículo de costumbres, crónica, correspondencias) o exógenos (fruto de la adaptación de géneros literarios preexistentes: novela del folletín, cuento, poesía, crítica –con sus aplicaciones teatrales y bibliográficas-, o diálogo escenificable),[15] todos –incluso lo que podríamos llamar una suerte de metaperiodismo- tuvieron un cultivo significativo en la pluma de Pardo Bazán, aunque fuese la crónica –inactual como el cuento, alada e ingrávida- la predominante, sobre todo en la medida en que es fecundada por la invasión e interacción de otros géneros. Creo que no se ha prestado suficiente atención todavía a la hibridez estructural de este subgénero, a la ósmosis de que es resultado[16], en manos de doña Emilia. Por otro lado, y sirviéndonos de la tipología funcional que aporta con acierto para Clarín Cecilio Alonso, Pardo Bazán cubrió asimismo el expediente de acercarse a su totalidad ya que participó en la prensa política y confesional, en el periodismo independiente de empresa capitalizada, en semanarios festivos ilustrados con historietas y caricaturas[17], en semanarios de ilustración gráfica y en revistas culturales de elite con formato de libro. Amén de sus aventuras periodísticas propias, tanto Alas como Pardo Bazán compartieron una cuota tipográfica de amplísimo espectro que, para serlo de modo casi absoluto[18], acabó teniendo en ellos también al contendiente más aceradamente hostil y a la esquiva maestra del mutismo.

---

[14] Los pueblos modernos han de tener "Prensa que eduque, enseñe y distraiga y no habitúe a los lectores a las formas inciviles y descorteses y a la insulsez y pequeñez del espíritu, unida a la inexactitud de la información", *La Ilustración Artística*, 11-I-1904.

[15] Tomo del excelente estudio de Cecilio Alonso esta tipología, *vid.* "Clarín y la configuración del espacio literario en la prensa de la Restauración", *Leopoldo Alas. Un clásico contemporáneo (1901-2001). Oviedo (12-16 de noviembre de 2001)*, edición de A. Iravedra, E. de Lorenzo y Á. Ruiz de la Peña, Oviedo, Universidad, 2002, pp. 157-201.

[16] El concepto de *collage*, en el sentido de depósito de acarreo de heterogéneos elementos entre los que los ecos, el folletín, las descripciones ampulosas y los discursos silenciadamente femeninos no son menores, concepto tan rentable estructuralmente para un periodista al principio "en aprobación" como Bel-Ami, puede ser un eje constitutivo de todo "journaliste dans l'âme". La novela de Maupassant, por otro lado, junto con *Illusions perdues*, de Balzac, revela a la perfección "les arcanes du métier" en el seno de *La Vie française*, donde pulula "la grande tribu mercenaire des écrivains à tout faire".

[17] Entre ellos en *La Saeta*, dirigida por V. Suárez Casañ y considerada frívola por los desnudos femeninos que mostraba. C. Alonso documenta la firma de EPB, así como trece paliques clarinianos (p. 168).

[18] Rehuyó siempre, al menos de manera explícita, la revista de salones, no se quiso *salonista*.: "hay géneros que no manejo y uno de ellos es este de la crónica de

APÉNDICE

Tres "Cartas de la Condesa" en el Diario de la Marina de La Habana[19].

I

Acabo de recibir, por el correo, una circular, acompañada de una esquela en que los fines de la circular se encarecen y se solicita mi concurso y adhesión. Todo ello procede del Club Español de Londres, que me ha ofrecido, para un año, su presidencia honoraria.

¿Por qué singular enlace y asociación de ideas el pensamiento de esta circular se une en mi espíritu a la plástica de los marineros alemanes que acabo de ver y no sé si diga de admirar –los admiraba todo el mundo,

---

sociedad (...) mi pluma no siempre se moja en tinta rosada" (Sinovas Maté, I, p. 416, 3-VIII-1910). Tampoco aceptó ser cronista política aduciendo el *desinterés* al que la confinaba su sexo. No era proclive a las entrevistas tampoco. Todo ello no quiere decir que no practicase tales modalidades de manera sigilosa y oblicua, parapetada en la *praeteritio*. La campaña que desde la prensa se orquestó para auparla a un sillón de la Academia constituye otra pieza que no por excluida está ausente. El poder de la información es inmenso como palanca social, doña Emilia era consciente de ello.

[19] Transcribo a continuación el texto de las tres colaboraciones actualizando ortografía y puntuación. No recogidas en su reciente edición por Heydl-Cortínez, única recopilación hasta la fecha de esta serie, que sólo antologa treinta y siete de los sesenta y ocho que dice haber localizado en el diario habanero, aparte de la decena larga de cuentos. Las tres crónicas que aquí transcribo se hallan depositadas en el Archivo de la Real Academia Galega, institución a la que agradezco el permiso de reproducción, con las signaturas 263/8, 263/5 y 263/6 respectivamente. Se trata de tres recortes de prensa que rezuman humor, ideas, espíritu expansivo. Llevan la firma de la Condesa de Pardo Bazán. Sólo uno contiene fecha. Según mis averiguaciones, la I corresponde al verano de 1909, la II indica el 10 de septiembre de 1910 y, de fecha no determinada, aunque presumiblemente cercana a las anteriores, es la III.

aquello era un concierto de elogios- paseándose por las calles de Marineda, tan airosos, según decía una señorita, que parecían llevar corsé?

A primera vista, ninguna relación existe entre un impreso cuyo fin es que las mujeres reclamemos los derechos parlamentarios "on the same terms as it is, or may be granted to men" y el paso de unos marineros cuyo aspecto y marcialidad elegante sorprenden y entusiasman en las calles de una ciudad española... El motivo de que las dos impresiones se fundan en una sola –no muy grata- fue recordar que ingleses y alemanes son actualmente –y perdonen los yankees- el cogollo de la raza cuya superioridad se proclama en libros y revistas, y que, en un mismo día, esta raza se me manifiesta con dos señales de vitalidad, una en el terreno sociológico, otra en el físico –del cual depende el psicológico y moral...

Estas mujeres inglesas, que se dirigen a mí, instándome a que las escritoras nos unamos y trabajemos con la pluma, sin descanso, al objeto de conseguir para nuestro sexo un derecho político que es base de los restantes, y que ya la mujer ejercita sin daño ni dolo en Finlandia (otro país del Norte, boreal) son fuertes por la voluntad, por la constancia. Y estos marineros, sanotes, blancos, rubios, de limpia tez, de recio cuello, de bien proporcionada figura; estos "bárbaros" en quienes se traslucen la disciplina, la obediencia, la resolución y el vigor son fuertes por la cultura de la raza, por el desarrollo perseverante de realce, al comparar a los marineros de los soberbios acorazados germánicos al gentío que llena las calles, y entre el cual es tan raro descubrir una figura escultural, un cuerpo bien modelado...

Nótese que los dos hechos que sin querer asocio, no pueden ser menos afines. Sólo tienen de común ser expresiones de fuerza. Por lo demás, el Kaiser renegaría de las sufragistas[20], y las sufragistas, lo sospecho, no estarán muy conformes con la organización militar de la nacionalidad alemana. Probablemente las sufragistas serán pacifistas, y se me figura que en Alemania –a excepción del partido socialista- no estará en olor de santidad el feminismo militante y reclamante de derechos. *Kuchen, Kirche, Kinder* –cocina, iglesia, niños- es la consigna del soberano. Y aquí de mi eclecticismo. La fuerza me subyuga, tome la forma que tome. Me son simpáticas las sufragistas al pedirme que esgrima la péñola en pro de sus aspiraciones, y me gusta, y me causa envidia, la nación que posee esta escuadra brillante, esta lucida marinería. Era esta nación la que, a principios del pasado siglo se encontraba tan pobre, tan mísera, y es la que hoy, en misteriosa fortaleza, bien resguardado, conserva el tesoro que, aparentemente infructífero, produce una renta inestimable, la confianza de los pueblos en sí mismos, la certidumbre de que nunca les cogerá

[20] A las sufragistas dedica, por ejemplo, parte de su crónica nº 1645 de la sección "La vida contemporánea", en *La Ilustración Artística* (7-VII-1913).

desprevenidos ese evento capital, clave hoy como antaño de la historia: ¡la guerra!

Las sufragistas tienen de su parte en Inglaterra a todo el mundo. El arma siempre manejada contra las reivindicaciones feministas, el ridículo, no cesa de arañar su piel –pero resbala sobre ella; porque una de las viejas defensas de los combatientes del ideal es desdeñar el ridículo, carecer hasta de su noción; en este punto, los anglosajones son superiores; el ridículo, coco de los latinos, para ellos es algo secundario. Uno de los signos de empobrecimiento de las razas es el excesivo miedo a la burla. El temor a excitar la risa, a semejar extravagante, comprime la espontaneidad, desviriliza. Es enfermedad de decadentes. Los anglosajones, repito, no suelen padecerla. No tenéis sino observar cómo cantan, aunque sin voz ni afinación, cómo se visten a su capricho, aunque la gente les mire y se vuelva a su paso en la calle, cómo imponen sus costumbres sin fijarse en que armonicen con las ajenas, con qué mezcla de despreocupación y orgullo viven a su modo, no ya colectiva, sino individualmente. Las sufragistas son inglesas, no se les ocurre que ante la risa haya de arriarse una bandera donde hay escrito algo que consideran justo. Son valientes tales amazonas; pero, notadlo, lo son mucho menos que una española que las imitase. Tienen otro ambiente, el de otro país. Entre la multitud enemiga, en el mismo desierto, se clama. No se clama dentro de una campana neumática, alrededor de cuyo vidrio dos o tres caras hacen muecas –muecas de indiferencia, de cansancio; el desperezo latino-árabe-.

* * *

Por lo que a mí respecta, es muy raro que escriba nada de feminismo, especialmente de años a esta parte. No es propósito formado, sino algo involuntario; la convicción –paulatinamente adquirida- de que en España no ha llegado a plantearse el problema; y en esta, como en otras mil cuestiones, hay que dejar al tiempo que haga su oficio. No serán unos cuantos artículos los que establezcan el caso y la conciencia de ciertas novedades, en España más antiguas que lo actual; quizás olvidadas de puro antiguas. En España lo feminista es la tradición. Las mejoras en la condición de la mujer, en el presente período de la evolución de las ideas españolas, el varón las ha de implantar; pero, por ahora, tampoco el varón se preocupa de la suerte de la mujer; y a la mujer la importuna y desagrada que se toque este punto. Con rarísimas excepciones, los que en España hagan campañas feministas –(no seré yo, si Dios me conserva el juicio)- pueden contar con la animosidad de la mujer, con su antipatía declarada.

Y es que, hasta el momento actual –sépanlo las sufragistas- la mujer española, si ha decaído y perdido bastante, se ha consolado con la idea de que se casará y su marido la habrá de sostener. Hoy, las cosas están a punto de cambiar, si he de creer referencias de personas que, por su cargo y su nacimiento, tienen poco de revolucionarias. Se ha iniciado la crisis del matrimonio, la disminución de las bodas, la huelga de los pretendientes, para las muchachas sin fortuna, naturalmente, la inmensa mayoría. Son tales las exigencias de la sociedad moderna; el lujo ha cundido tanto; el hombre ve tales peligros y tales compromisos en fundar un hogar y en ascender a la dignidad de padre de familia, que no se escuchan, en boca de los solteros, sino máximas de prudencia y alardes de cautela, aprobados desde luego por la gente juiciosa. Yo he asistido, recientemente, al espectáculo de una lucha en un corazón enamorado y previsor a un tiempo... ¡Las cuentas que hubo de echar el pobre muchacho para que resultase que, entre algo que tenía y otro poco que se ganaba, le era factible casarse! Había mucho de triste y de conmovedor en los prosaicos cálculos angustiados y minuciosos: tanto para la casa, cuanto para vestir, tanto más cuanto para aceite, garbanzos, carbón! El corazón acabó por vencer, el hogar se funda... pero hay que oír los augurios de los amigos, entre los cuales se cuentan no pocos solteros por necesidad, que van declinando, ¡a solterones!

Ahora bien, esta crisis del matrimonio induce a preguntar: ¿cómo han de ganarse la vida muchas señoritas distinguidas y sin un céntimo, hijas de funcionarios del Estado, de militares de alta graduación, que al morirse se llevan consigo al ataúd la llave de la despensa, o poco menos...? Ya es señal de inquietud la creación reciente y muy loable de bastantes plazas, retribuidas, de telegrafistas, si no me engaño, para la mujer. Sólo que -¡cosa de la raza!- a las señoritas de cierto fuste, hijas, por ejemplo, de un coronel, de un director, no hay quien las haga optar a una de esas plazas... ¡No son de su categoría!

* * *

Ante la cuestión práctica del matrimonio, en las personas modestas, cierra sus alas Cupido, pero aletea bien en las almas de los poderosos. Ahí está la poética novela de hoy, la que da asunto a conversaciones y comentarios sin fin: la boda del Príncipe Alfonso de Borbón y Orleans, primogénito de la Infanta Eulalia[21], con la Princesa Beatriz de Coburgo, y las consecuencias de

[21] Hija a su vez de Isabel II y, por tanto, hermana de Alfonso XII y tía de Alfonso XIII. Pardo Bazán reseña un libro de sociología que publica la Infanta Eulalia, *cfr. La Ilustración Artística*, 25-XII-1911, nº 1565, p. 830. Esta crónica parece anterior a esa fecha.

este enlace de inclinación[22], que le cuesta al joven Infante el infantazgo, el puesto en el ejército español, y todos los honores de que disfrutaba, entre ellos la esclarecida Orden del Toisón de Oro.

Lo que diría la prensa, lo había yo adivinado desde el día en que en París, y luego en Madrid, me habló del asunto, con natural preocupación materna, la bella Infanta Según he podido inferir, don Alfonso es su hijo predilecto. Existe entre el hijo y la madre una de esas simpatías cariñosas que la sangre hace indestructibles, cuando surgen, pero que no siempre logra hacer el vínculo más estrecho que cabe entre hombre y mujer. La Infanta se expresaba, respecto a su hijo, en términos de apasionamiento; recuerdo que le proclamaba inteligente, estudioso, serio, intelectual, completo en suma, a la muy juvenil edad de veintiún años. "No tiene defecto", me repetía, con luz de amor en sus ojos color de avellana.

Entabladas las relaciones del ilustre príncipe y la linda princesa (cuyo nombre un día se pronunció para el trono de España, en los momentos en que la futura Reina era una x) surgió una dificultad: un Infante de España no puede, según la ley, unirse a una señora que no profese la religión católica. El conflicto tenía fácil arreglo, si la princesa Beatriz abjurase, como abjuró la gentil reina Victoria... Siempre será delicado inmiscuirse en asuntos de conciencia, pero dado que hay en Inglaterra un pronunciado movimiento hacia el catolicismo, y además hay, o debe haber, tolerancia, me figuro que nadie hubiese censurado a la conversa; al contrario; y, en Madrid, se hubiesen abierto las ventanas, de par en par, a fin de que entrase la paloma blanca recién sumergida en las aguas regeneradoras... Y, si es lícito hablar humanamente, profanamente, desde el punto de vista del mundo, también cabe afirmar que la princesa Beatriz se arreglaba mejor su porvenir abrazando la religión de su futuro esposo. Es siempre mal cálculo en amor imponer costosos sacrificios; porque el amor se va, y el dolor del sacrificio queda. Nadie que esté enamorado admite esta hipótesis, la desaparición del amor; cosa singular, pues al cabo se ve incesantemente el fenómeno, la muerte del amor, quizá más dolorosa que la otra muerte. Mientras el amor vive, no hay quien le convenza de que habrá de fenecer. Los dos jóvenes y guapos príncipe y princesa seguramente consideren verdadera herejía pensar

---

[22] *La Voz de Galicia* recogía el domingo 18 de julio de 1909 la noticia titulada "La boda del Infante D. Alfonso", dando como oficial el compromiso ya anunciado antes en *La Época*. El rotativo gallego toma del diario conservador la noticia de lo que llama "este extraño asunto" y la glosa en estos términos: "De este matrimonio, que se da por efectuado, se venía hablando desde hace algún tiempo, (...) se dijo entonces que S. M. el Rey había negado su autorización al matrimonio". Entonces estaba en vilo, además de su enlace, el despacho real que le enviaría como Segundo Teniente de Infantería a Melilla.

que un día, un año, lleguen a echar de menos lo que hoy arrojaron por el balcón para unirse.

Por otra parte, existe actualmente, en los individuos de las familias reinantes una tendencia a retirarse a la vida privada, a convertirse en simples particulares. Ejemplos recientes no se habrán olvidado. En otros siglos, se recogerían al claustro; en este, se recogen a algún hermoso castillo colgado sobre el mar, en alguna isla paradisiaca. Como los antiguos sabios, hallan sus delicias en la soledad hermosa, en los libros, en las flores, en el cariño, en la naturaleza...

Y ello está muy bien, y es un idilio, y tal vez es un sueño realizado... Yo digo que el príncipe y la princesa, mientras se quieran, lo pasarán ricamente. No es de suponer que llegue, y ojalá no llegue nunca, ese momento que llegó para la Infanta desposeída, doña María Josefa, esposa del poeta cubano Güell, y en que, con el mismo afán que antes pedía el derecho a amar, pidió que la libertasen del yugo que forjó el amor; que la apartasen de su esposo. Es universal el deseo de que el ex-infante Alfonso de Borbón encuentre en su nuevo estado mil venturas. Los que tenemos la honra de conocerle lo anhelamos más aún.

Pero es justo, es inevitable, conocer también que el Rey no procedió caprichosamente a su arbitrio. Los que miramos el asunto con serenidad, sin mancha de pasión política, comprendemos que las leyes deben cumplirse, y el Jefe del Estado, más que nadie, tiene el deber de no prescindir de ellas nunca.

Y debo añadir, puesto que la casualidad ha permitido que escuchase la opinión de la misma madre del novio, la Infanta Eulalia, qu ésta y el príncipe su hijo no han tenido palabra de protesta, ni han visto en la decisión del Rey, de antemano anunciada, injusticia alguna, abuso alguno de superioridad. Conocedores de las leyes que rigen y están vigentes en la materia, ninguna extrañeza, ningún disgusto les ha causado que se apliquen. Cuando el príncipe resolvió casarse sin permiso del Rey, sabía perfectamente a lo que se exponía; lo llevaba descontado. Hasta tal punto se encontraba enterado y decidido, que tenía encargadas, desde un mes antes, tarjetas donde ya no era "el Infante Alfonso de Borbón". Para consuelo, le quedan sus prerrogativas de Príncipe de Orleans, la altísima condición de hijo y nieto de personas o reinantes o inmediatas al trono, y la compensación, aun en el terreno de las glorias y vanidades mundanas, de llevar al altar a otra nieta de cien reyes y emperadores, lo cual quita a su acción toda semejanza con las *mesalianzas* célebres que han expulsado de las familias reinantes a un individuo, resuelto a perderse, y disolverse, como Tristán en el drama wagneriano, en el seno del amor... No hay, pues, por qué convertir en político este acontecimiento social y familiar. El interesado es el primero a reconocer que no ha habido ofensa; su madre, aunque apenada, no se queja tampoco, y templa con ingeniosas y vivas frases chispeantes de *sprit*, la difícil situación; el Rey, aparte de este caso, no ha perdonado manera de demostrar a su primo que

una cosa es la legalidad y otra el afecto; en España el príncipe deja muy buen recuerdo, y, si vuelve, encontrará excelente atmósfera, porque, en principio, la pasión, la juventud y cierta democrática gallardía para dar con el pie a preeminencias, son algo que halaga, que hiere dulcemente las escondidas fibras del alma de los nacidos en estas tierras accesibles a tal género de romanticismo... De suerte que podemos repetir la graciosa frase de la Infanta: "En pasando la frontera, el suceso ya no es trascendental...".

II

(18 de septiembre de 1910)

Si sólo mirásemos a la superficie, diríamos que en estos momentos, en España, reina la calma absoluta que caracteriza, no a los lagos, sino a las nunca vistas balsas de aceite. Todo el mundo ha salido a veranear, y esto del veraneo es de un efecto sedante eficaz y demostrado. Los políticos zascandilean por los grandes balnearios del extranjero, o disfrutan horas apacibles a la sombra de los grandes árboles (o diminutos arbustos), de sus quintas. Los médicos de altura excursionan por esas clínicas de Dios, allá en Berlín o Suiza, enterándose de los últimos sistemas inventados para rajar, hacer picadillo y volver a encolar cuidadosamente el cuerpo humano. Los escritores, desde alguna playa, o encaramados, (como verbigracia, yo) en los torreones de un castillo románico y romántico, engarzamos en el estilo las ideas (cuando las hay), borrajeamos la novela que ha de ver la luz en el otoño o el drama que ha de estrenarse en los comienzos del invierno. Las modistas están en París, averiguando si es cierto eso de que a las señoras les van a desamarrar las piernas, o si, al contrario, las faldas este año tendrán una cuarta menos de ruedo, y no se podrá echar el paso sino saltando, a la manera de las codornices. En suma, hay una tregua, un período en que nadie hace caso de nadie, en que la lucha política, intelectual, social, se ha interrumpido, para dejar a los combatientes prepararse a más empeñada batalla.

Cuando se regresa a Madrid, se oye a todos los veraneantes repetir que el campo y los viajes son cosa deliciosa, y lamentarse del tráfago en que vuelven a entrar, del remolino de frivolidad en que otra vez girará vertiginosa su existencia. ¡Qué de soledades de la vida natural, con oxígeno!

Y se piensa, en un momento de lucidez: ¿a qué haber vuelto? Cinco minutos después de tan juiciosa reflexión, el sortilegio de Madrid actúa, y la ciudad que no me atrevo a llamar grande, -pero que acaso por no serlo como París o Londres, es más cautivadora, más animada, más entretenida-, se ha apoderado de su presa... Y cada cual, con el movimiento del soldado en filas, recobra su puesto, cubre su plaza, y siente la fiebre y el arrebato, peculiar de este género de lides, calentura de ambición, de vanagloria, de goce, y también ese hormiguillo de la sociabilidad, causa de que a tantas mujeres, en la villa y corte, se les venga encima el techo de su casa y las asfixien las cuatro paredes de su hogar.

Dudo que exista una ciudad donde la gente se reúna y se vea tanto como en Madrid. Tampoco habrá muchas en que el vecindario concurra con tal asiduidad al teatro. En París (es cosa sabida) llenan los teatros los extranjeros, la población flotante. En Madrid, el teatro, y todo género de espectáculos, viven sobre la población fija, y se cierran en la época en que los turistas afluyen. Los empresarios se quejan, por razones que luego diré; pero el caso es que el teatro se llena la mayor parte de las noches, hasta el techo. A pesar de lo cual, no realizan los empresarios un brillante negocio; no obstante, el vecindario se gasta su plata.

La explicación de que los empresarios no ganen teniendo buenas entradas frecuentes, es cabalmente eso de que, en Madrid, el teatro subsista y se mantenga del propio Madrid. Como el público no se renueva igual que se renueva el de París o Londres, las empresas tienen que desvivirse por estrenar obras, por presentarlas en forma que llame la atención, por "mover el cartel" incesantemente. Tienen además que padecer la tiranía de los abonos de moda. En París, el *Aguilucho*, *Cyrano*, y aun otras producciones menos celebradas, dan tela para sus 300, 400 ó 500 funciones; en algunas hay que renovar el vestuario hasta tres veces. En Madrid ¡cuántos vestuarios se han quedado nuevos! Y he aquí por qué, a pesar de la madrileñísima afición al teatro, no siempre las empresas salen adelante.

También hay vacaciones para lo teatral, acaso más que para ninguna otra cosa. En el momento en que esto escribo, ningún teatro de importancia tiene en Madrid abiertas sus puertas; pero ya se escucha el rumor de los preparativos para la reapertura de algunos. Y el Municipio madrileño anda en litigio con el reputado autor dramático y empresario Federico Oliver, para rescindir el contrato en que le había concedido el disfrute, creo que por tres o cuatro años, del Teatro Español.

No conozco bien los términos de la cuestión e ignoro en qué se basa el Municipio: lo que afirmo es que la compañía Oliver-Cobeña, que actuó el año pasado en aquel escenario, sostuvo a gran altura su prestigio, hizo campaña artística, hasta el límite de lo posible, porque no se puede exigir que nadie se arruine, siquiera sea por respeto al público, al arte y al Ayuntamiento de Madrid. Yo suponía que lejos de rescindir el contrato con Oliver, se debiera pensar en alentar a una Empresa que hizo cuanto estaba en

sus medios. Y conste que al hablar así, ningún interés me mueve. Por fortuna, no tengo obra teatral que estrenar.

Ignoro, por otra parte, quién va a actuar en el Español, si de la empresa Oliver se prescinde. Los Mendoza-Guerrero tienen su teatro propio. Sólo queda la empresa de Tirso Escudero; y el repertorio que explota no es el que debemos exigir, con derecho plenísimo, a un teatro que lleva el nombre de Español, y que posee tan gloriosas tradiciones de arte castizo. Por lo general, la compañía formada por la empresa Escudero sólo ha puesto en escena *vaudevilles*.

Repito que, desde aquí, se juzgan mal tales incidentes. Estoy en el campo, en pleno campo de Galicia, y un voluntario olvido de lo que bulle en Madrid me envuelve en su niebla bienhechora.

Este es un verano de reposo, no de angustia, como el anterior. Por este tiempo, hace ahora un año, la guerra estaba en su apogeo: empezábamos a alentar, después de los desastres de julio. No olvidaré los últimos días de tan triste mes, con sus jornadas nefastas del 23 y el 27, y su semana trágica, de ignominia y horror[23]. "Mientras el cielo mi conciencia guarde", como decía

[23] Se refiere doña Emilia a julio de 1909 y al impopular trance bélico en Marruecos. *La Voz de Galicia*, el periódico de su ciudad natal había informado puntualmente, como el resto de la prensa peninsular, del conflicto con Marruecos: el 15 de julio de 1909 comienza una serie sobre "La cuestión de Marruecos" ("En ese extraño país se vive en pleno drama, en plena tragedia, no hay día en que el telégrafo no nos comunique algún hecho de sensación ocurrido en el vasto imperio"; el 21 de julio anunciaba un agravamiento de la situación, el 22 la salida de tropas, el 23 titulaba "Nuestras tropas en el Riff. Salida de La Coruña", "El Rey en Galicia" (24-VII-1909), algo después "Otra jornada sangrienta". En los últimos días de ese mismo mes se suceden las crónicas dolorosas y se da cuenta, a través de planos, de la zona afectada. En los meses siguientes, ya menudean titulares como "Los gallegos conquistadores del Riff", "La toma del Gurugú", "El problema de la paz" (12-X-1909), "Justicia al heroísmo", "Epistolario de la guerra", "El fusilamiento de Ferrer", "Declaración del General Marina", "Tropas de regreso", "El bombardeo de ayer", "La Cruz Roja coruñesa en Nador", "El Nuevo Gobierno" (De Maura a Moret) (24-X-1909), "La Conferencia con los moros"; hasta el primero de noviembre, en que se anuncia la "Suspensión de hostilidades". Todavía el 7 de febrero de 1910 *La Ilustración Artística* se ocupaba de la llegada de tropas de Marruecos (nº 1467, p. 90). Interesante resulta consignar que el rotativo gallego reproducía el 6 de octubre la efigie de D. José Quiroga, esposo de doña Emilia, e indicaba: "Hoy nos complacemos en dar otra 'nota coruñesa' de la guerra. Don José Quiroga, el popularísimo castellano de Santa Cruz, el inolvidable presidente de la Reunión de Artesanos, el gallego entusiástico y amante de su tierra, acaba de dar en el Riff una prueba de sus patrióticos sentimientos. Llevóle a Melilla el afán de estar al lado de su hijo Jaime Quiroga Pardo Bazán, que con otros jóvenes aristocráticos fue de soldado voluntario a nuestro ejército de operaciones. El domingo último, cuando llegaban a la plaza los convoyes de los heridos, hubo muchas personas que rivalizaron en recogerlos, en auxiliarlos, en darles jerez y donativos. De estos

el autor de los *Gritos del combate*, no ha de borrarse de mi memoria la apertura de la Exposición de Santiago de Compostela: el discurso de Maura, en el cual no había alusión alguna a los sucesos, no obstante lo cual, yo adiviné su gravedad, en la alteración de la voz, en ciertas inflexiones como doloridas, y la vi confirmada momentos después, cuando el Rey salía del recinto, más pálido que la Princesa de la sonatina del Rubén. ¡Quién extrañará la palidez del joven monarca, ante los telegramas que llovían, alterando el sueño de que debía disfrutar sosegadamente en las amplias y silenciosas estancias del palacio episcopal!

Y vinieron agosto, septiembre...

El ejército, ya aguerrido por el servicio de convoyes, por las marchas, por la heroica conducta de la oficialidad, que ofrecía la vida en holocausto, iba hacia la victoria con paso gimnástico y firme. Los voluntarios, mezclados con los soldados, trayéndoles estímulo fraternal, habían dado su nota animadora, heroica. Los pesimismos amargos del primer crítico momento cedían ante esa ola de entusiasmo que barre los impuros egoísmos. La guerra ya no era impopular. Se acercaba el 20 de septiembre, con las épicas glorias de Taxdirt[24]. Y aquí, las mujeres pedíamos para los heridos, para las familias de los reservistas, y nos daban gustosos su óbolo aún las pobres. Eran la excepción los burgueses que, con un movimiento de hombros incopiable, barbotaban:

-No tengo ningún pariente en el ejército...

---

hombres altruistas uno de los que más se distinguieron don José Quiroga, quien, según nuestras noticias, se hizo acreedor a las bendiciones de los heridos, y a las más calurosas felicitaciones. Conocíamos, como toda La Coruña conoce, las grandes virtudes del señor Quiroga, y nos es muy grato recoger esta breve noticia de su plausible comportamiento".

[24] El combate de Taxdirt fue uno de los episodios más notables de la guerra de Marruecos. La división Tovar rechazó allí por tres veces el empuje de los rifeños, que fue verdaderamente terrible y prolongado dados los refuerzos con cabileños de Benisicar que practicaron la herradura envolvente, movimiento que tenía por objeto atrapar y desconcertar a los españoles. Cargó entonces la caballería de Alfonso XII, que infligió al enemigo una derrota inapelable consumada con el ataque a la bayoneta realizado por el batallón de cazadores de Chiclana. José Cavalcanti, el pronto yerno de Pardo Bazán, puesto que se casaría con su hija Blanca un mes después de aparecida esta crónica, el 24 de octubre de 1910, lo sería ya convertido en el "héroe de Taxdirt". Con conocidos méritos militares ya en la guerra de Cuba, fue ayudante de campo del general Tovar y se encargó del mando de la división de cazadores de Melilla. Por su heroico comportamiento al frente del escuadrón de Alfonso XII se le otorgó la cruz laureada de San Fernando y se le citó como distinguido en los días de la toma de Zeluán y en otros encarnizados combates que le valieron la placa roja del Mérito Militar. Ascendió a coronel por el combate de Taxdirt cuando sólo contaba treinta y ocho años. A la altura de 1911, ya casado, era considerado el militar español más adelantado de su carrera y uno de los que gozaban de mayor consideración en el ejército y fuera de él.

Y yo les replicaba, con el desprecio que merecían:

-¡Todos cuantos están allá batiéndose por España, no son parientes, son hermanos!

Por las tardes aguardábamos temblando de impaciencia al mandadero que había de traernos el diario telegrama, que nos decía que nuestro voluntario estaba sin novedad allá por Nador, o por los pozos de Aograz, o por la Alcazaba de Zeluán, después del sangriento combate... Y los periódicos (¡tan deseados, sin embargo!) nos traían, más que el conocimiento de los sucesos, su intranquilidad, al enterarnos de que los húsares azules se contaban entre las tropas que habían atacado esta o la otra posición...

Ahora, llegan de Melilla noticias pacíficas. No convendría, sin embargo, fiarse demasiado; pero, si, desgraciadamente, se reconoce el conflicto, las condiciones en que nos encontramos son muy otras. No parece verosímil que sucediese lo del 27. Algo hemos ganado, y algo hemos aprendido.

Lo único que se agitó, en medio de la paz veraniega, ha sido la llamada cuestión religiosa. Hubo *meetings*, protestas, alboroto, revuelo, y hasta flotó sobre nuestras cabezas la amenaza, a mi ver enteramente quimérica, de la guerra civil. Desde afuera, se ve este asunto de tamaño mayor que el natural. He leído en un artículo del *Diario de la Marina* que Canalejas encontraría grandes dificultades para resolver la cuestión religiosa, dado que tal cuestión no existe. En efecto, en España, de hecho, la tolerancia es hábito y ley. A nadie se persigue, a nadie se molesta por sus creencias. No hay apenas disidentes; lo que hay es indiferentismo, y jacobinismo. Se encuentra gente dispuesta a apedrear residencias de jesuitas; no hay nadie dispuesto a morir por una fe que no sea la católica. Y cuando no existen fes en contraposición, cabrán luchas políticas, pero religiosas no.

El catolicismo tiene enemigos políticos, que, al dirigir los tiros contra él, realmente atacan a otras cosas. Por eso Canalejas, espíritu moderno, equilibrado, amigo de la libertad que no excluye el dominio de la ley, sino que lo impone; transigente sin fanatismos rojos, no podrá dar gusto a los que querrían que desde el poder, y "con el mayor orden" degollase otra vez a los frailes y sacase a bailar el *garrotín* a las monjas.

No creo que venga un gobernante que extreme el jacobinismo. Provocaría una reacción, justa y acaso enérgica. La libertad exige que cada uno pueda, si así le place, entrar en un convento, lo cual se me figura harto más lícito que entrar en una casa de mal vivir, en un garito, en un teatrucho sicalíptico o en una taberna. ¿No es extraño que contra tales establecimientos, donde muy principalmente se embrutece y arruina el proletariado, no haya *meetings*, campañas ni censuras?

Lo malo es que estas agitaciones en el vacío dividen, y que las naciones divididas no prosperan.

* * *

La Coruña ha dado estos días un ejemplo de tolerancia y de espíritu cordial, acogiendo y festejando al Obispo de Jaca, don Antolín López Peláez, polígrafo meritísimo, que en varios trabajos, de verdadera importancia, y últimamente en el hermoso libro *San Froilán de Lugo. Siglo IX*[25], ha enriquecido la historia y la literatura regional. El Obispo de Jaca, famoso en estos últimos años por sus campañas parlamentarias, es un Prelado a quien adornan las virtudes propias de su elevado cargo; que no tiene nada de aseglarado, y menos de intrigante; más bien ha procedido con tal independencia, que se ha cerrado el camino del medro. Con todo esto, es el Obispo de Jaca persona sociable, de abierto carácter, y misericordioso y amigo de los desheredados y de los pobres. Sus ideas sociológicas proceden de las de León XIII que, como es sabido, se interesó profundamente por la cuestión social, y creó ese movimiento socialista católico, que en Bélgica cuenta innumerables adeptos. Para extender sus ideales el Obispo de Jaca ha batallado en pro del advenimiento de una prensa católica a la moderna, que, aun basándose en la actual prensa católica, con matiz político, fuese algo más europea, y menos adscrita a los intereses de partido. Por ahora no parece que tal prensa asome, pues la empresa reclama, además de inteligencia y perseverancia en el campeón, el auxilio de los grandes capitales que, en España, rara vez están prontos a ponerse al servicio de las ideas. Esto que observo es tan cierto, en todos los terrenos, que los sesenta mil pesos que aflojó mi tío el Marqués de Santa María para la revolución, llegaron a constituir una leyenda; y cuenta que el honrado Ruiz Zorrilla –aquel de quien decía Castelar donosamente: "Entre Ruiz Zorrilla y yo, hemos robado al avestruz, yo el estómago y él la cabeza"- los devolvió duro sobre duro. No estamos aquí en los Estados Unidos, donde se legan millones a las Universidades; y yo creo que, cuando se habla de grandes herencias para las comunidades religiosas, se reedita, por centésima vez, un cuento fantástico.

Como quiera que sea, aunque el Obispo de Jaca no hubiese dado más señal de su claro entendimiento que la importancia que atribuye a la prensa, prefiriendo fundar diarios a prohibirlos, bastaría para le tuviésemos por varón señalado, no sólo entre el Episcopado español, sino entre los raros intelectuales católicos, que ven más allá de las mezquindades del momento.

---

[25] Aparecido en Madrid, en 1910, el mismo año de la crónica. Pardo Bazán se refiere siempre con elogio al Obispo de Jaca, *vid.* igualmente "La vida contemporánea" del 22 de agosto de 1910, en *La Ilustración Artística* de Barcelona (nº 1495, p. 538), donde ya le había dedicado palabras del mismo tono. López Peláez era autor de una obra sobre el padre Sarmiento, *El Gran Gallego*, que doña Emilia cita con admiración más abajo y por la que se le festejará en La Coruña, y uno de los más significados afectos a la causa académica de doña Emilia llegado el momento de su candidatura.

El Obispo de Jaca, aparte de su personalidad parlamentaria y su carácter de propagandista, descuella en el campo literario, especialmente en el regional gallego, sin haber nacido en Galicia. Una de sus tesis originales es la de la superioridad del Padre Sarmiento sobre el Padre Feijoo, a pesar de la popularidad y fama de este ilustre benedictino. Yo creo que, en esta cuestión, va a ser dificultoso que el Obispo lleve el convencimiento a nuestros ánimos. Feijoo –con todos los reparos y lunares que pueden ponérsele- es una figura de primera línea dentro de su época, que era de decadencia y mal gusto, hasta en el pensar; es un amigo de la humanidad, un perseguidor de la ignorancia: es un nombre que se destaca con poderoso relieve. No obstante, la labor del Obispo de Jaca para otorgar al eruditísimo Padre Sarmiento su parte de gloria redundará en beneficio y honor de la tierra gallega, y es bueno que como apologista de Sarmiento se ejercite la virtud de la gratitud colectiva, que tantas veces cae en desuso, y otras se convierte, por no sé qué monstruosa transformación, en ingratitud necia. Han hecho bien los coruñeses en festejar y banquetear al Obispo, y en fundir para él, telegráficamente, la gran cruz de Alfonso XII.

III

Cuando más descuidados os encontráis, saboreando o la calma dormida del vivir provinciano o las vertiginosas distracciones de Madrid, donde se concurre a dos o tres fiestas diarias, por término medio, una voz baja y cavernosa, que el temor hace opaca, murmura en tono de conspiración de comedia:

-¡Dicen que los apaches están aquí!

¡Los apaches! En nuestra evolución actual, han venido a sustituir a aquellos "crueles normandos" de los primeros siglos de la Edad Media, que llevaban consigo el espanto y la desolación, o a los sangrientos búlgaros, que arrancaban a las criaturas, a medio formar, de las palpitantes entrañas de las madres...

¿Qué es, pues, el apache: adónde llega su esfera de acción; en qué consiste su dominio; por qué el apachismo[26] es un mal peculiar de nuestra época?

Ante todo, ¿de dónde ha salido este nombre de *apaches*, dado a ciertos malhechores, que pululan en ciertos medios, y surgen reptando sobre el lodo corrompido de las grandes y complicadas civilizaciones?

Como nadie ignora, los Indios Apaches son unas belicosas tribus de América del Norte, que se dedican al merodeo y a la devastación, sin permitir momento de tranquilidad a los colonos. Nómadas casi siempre, acampando y no edificando, los Apaches queman, talan, saquean, matan, incendian y cometen todo género de atrocidades... Sobrios anacoretas, pacientes, astutos, siempre en acecho, ágiles, despreciadores de la muerte, los Apaches representan la constante hostilidad indígena contra el civilizado. Son enemigos natos de la sociedad. En esto pudieran encontrárseles afinidades con los taifas de malhechores parisienses a quienes se ha aplicado su nombre.

Pero aquí termina la semejanza. A los Apaches de Sonora y Tejas se les calumnia comparándoles con los otros: son gente brava, que no ha habido manera de meter en moldes de policía, y los de París una degeneración, una fermentación pútrida de las organizaciones avanzadas, y por ende, mucho peores que los salvajes, y hasta más peligrosos, puesto que se emboscan en selvas doblemente sombrías, en laberintos confusos; en las ciudades populosas, enormes, fabriles, ricas, donde la ocasión brinda, la tentación exalta y la privación ulcera y predispone a las reivindicaciones del crimen.

Al oír en una capital de provincia la fatídica frase "¡Los apaches están ahí", sonriámonos.

En las ciudades de provincias reina un familiarismo, una intimidad de compadres y comadres, que hace el apachismo imposible. El apachismo requiere las muchedumbres anónimas.

En las ciudades de provincias se conoce a todo el mundo. Un hombre al cual se conoce, ya no es un *apache*. Sabéis dónde vive, cómo vive, si tiene familia, si sale de noche, si trabaja, si debe, si paga. No es un *apache* nunca, lo repito; porque el apache necesita las capas vastas y densas de los pantanos sociales, el cieno craso y limoso, fértil en elementos nutritivos. Antisocial es el apache, pero tiene su medio social también él; posee sus congéneres y auxiliares, sus admiradores y admiradoras, sus rivales, sus enemigos, y hasta diré más: el apache no se concibe solo, aislado, o poco menos, como tendría que estar en un honrado y tranquilo pueblo de provincias; la organización

---

[26] Sobre el *apachismo* seguirá escribiendo en crónicas ulteriores, *cfr.* números 1780 y 1800 de *La Ilustración Artística*, por ejemplo, correspondientes al 7-II-1916 y al 26-VI-1916, respectivamente. Ya en el nº 1561, publicado el 27-XI-1911, abordaba la cuestión del apachismo en el ejército.

apache es tribal, y en esto también justifican el nombre que se les atribuye: dentro de la civilización vuelven al estado de organización primitiva.

Yo no negaré que existan por acá apaches, al menos en Madrid y Barcelona. Claro es que, con el adelanto de los tiempos y la facilidad de las comunicaciones, así como vienen las modistas y los representantes de los almacenes parisienses a principio de estación, a hacer sus *tournées* ofreciendo el género, pueden correrse los apaches de París a Madrid en busca de extensión industrial; pero, si prescindimos de los apaches políticos, que también los hay, los apaches sencillamente ladrones no salen mucho de París, donde su especie ha nacido y se ha cultivado, y vive a gusto, y ha llegado a encontrar hasta poetas y novelistas que la canten, y jóvenes antojadizos que se enamoran de ellos, de su gorrilla de seda, de su pelo rizado, de su cínico lenguaje y de sus hechos abyectos. Sí; el *pâle voyou* de las canciones desesperadas, el cliente del gabinete antropométrico, ha llegado a tal audacia: hacer latir los corazones femeninos.

Obsérvese este signo de los tiempos, este fenómeno inconcebible, que tiene ya sus documentos literarios: ¡un apache actuando sobre la imaginación y los nervios de una niña candorosa, de una hija de familia, de una virgen, azucena delicada del hogar!

Hace años –bastantes, porque me refiero a la época del romanticismo- el que soñaban las muchachas era el joven de fatal mirada, de enigmática sonrisa, de bruñida frente, de vestimenta elegante; al calavera del mejor tono, con rasgos de exaltada sensibilidad; poeta, héroe, loco; (a decir verdad, nunca un santo, porque yo no sé qué tiene eso de la perfección moral, que rara vez ha seducido a las mujeres en demasía); pero, en suma, personaje en quien había ideal, un sentido dramático de la vida, que ciñe a las cabezas su aureola. En el tipo romántico, que atraía a las fantaseadoras, allá por los años del 30 al 60, cabían disparates y hasta vicios, pero no vilezas, no bajezas prosaicas; Espronceda y Larra pudieron ser unos perdidos; hicieron mil diabluras; gastaron, según cuenta la crónica, bromas muy poco cultas; llevaron una existencia endiabladamente antisocial; pero, huelga el decirlo, no entraron en una casa deshabitada para *cambrioler*, no estrangularon a nadie, no vivieron a expensas de mujer alguna –al contrario. Hay un límite, una pared, entre el apache y el calvatrueno. ¡Prendarse de un apache! Estúdiese este fenómeno, que lo merece. En el inmenso movimiento de abolición de las morales, no sólo de la cristiana, sino también de la social, o de las sociales, porque son varias y diversas entre naciones, también el código del honor ha sido minado, y ni aun su altivo yugo se sufre. Dentro del invernáculo parisiense, donde la cultura intensiva produce a cada momento nuevas variedades de flores, he ahí la fétida flor que acaba de abrir su corola, en la cual, como en las de las demás plantas homicidas y devorantes, las moscas y los insectos de brillante colorido van a caer y morir entre las convulsiones de la ponzoña...

Nosotros tenemos los bandidos. Es preciso reconocerlo, que el bandido disfrutó de cierto prestigio, sobre todo en España y en Italia. Aunque no haya quedado archivada ninguna historia amorosa muy novelesca relacionada con los salteadores y caballistas andaluces, no faltan referencias y anécdotas. Recuerdo que, en una ocasión, pensando yo ir a unas aguas minerales españolas –de esto hace tiempo- díjome un señor, que había sido Gobernador de la provincia más castigada por el bandidaje: -"Le daré a usted una recomendación para *Joselito*, con lo cual estará usted segura de que nada malo habrá de sucederla". Y, como yo preguntase quién era *Joselito*, vino a saberse que era otro bandido legítimo acogido a indulto, y que, merced a su antigua profesión, y a las buenas relaciones que conservaba entre los compañeros, solía acompañar a los viajeros por los caminos y protegerles; la escolta de Joselito era un salvoconducto. Con tal motivo, hablamos de Joselito y sus glorias, y se averiguó que el bandido era en sus mocedades bien puesto, y tenía dos ojos como dos soles de carbón, y algunas veces, las viajeras asaltadas y llevadas a su cueva, donde permanecían días, no se quejaban ni exigían que se le persiguiese, y hasta las hubo que emplearon su influencia en trances apurados, a favor de él. Parece que Joselito era además rumboso[27], y del fruto de sus rapiñas, obsequiaba a sus bellas cautivas con presentes. Todo esto lo dejo a cuenta del señor Gobernador Civil, que lo narraba con detalles muy interesantes.

Nuestros bandidos, no cabe duda, tienen leyenda; pero la merecen, porque, desde Roque Guinart hasta Joselito, hay en ellos levadura romántica, algo de hidalguía, de nobleza, de fanfarronada, de eso que llaman *guapeza*, y lo es. Ya el tipo ha degenerado bastante en el *Vivillo*, a quien algunas Revistas extranjeras presentan como digno descendiente de Diego Corrientes, el "generoso"; y desconfío un poco de que este bandido sea genuino, porque la prensa lo ha tomado de su cuenta, y anda mucho en letras de molde, ahora que se ha reconciliado con la sociedad. Al consagrar páginas gloriosas al Vivillo, las susodichas Revistas lamentan, por supuesto, la gradual desaparición de los bandidos nacionales, que tanta sal y pimienta daban a España, y eran un toque tan pintoresco; y reeditan la *trola* inventada, si no me engaño, por Alejandro Dumas, de aquellos bandoleros que el Duque de Osuna mantenía a sueldo, por su capricho de gran señor, en sus dehesas de Andalucía.

No nos habíamos reído poco, al comentar esta noticia, la última duquesa de Osuna, señora por cierto aficionadísima a la literatura y arte, y yo; pero debo proclamar que si Alejandro Dumas se entera de las escoltas dadas a los caminantes por Joselito, de orden del Gobernador, encuentra ahí un tema no inferior al de los ladrones asalariados por el magnífico Duque.

---

[27] En el sentido de desprendido, dadivoso.

Según los biógrafos extranjeros (que de fijo no se molestarán en allegar datos sobre Ramón y Cajal, no sobre Menéndez Pidal, ni sobre nadie de los que en España representan algo de cultura y estudio), el Vivillo nació en Estepa, provincia de Sevilla –la antigua *Astapa*, rival de Numancia y de Sagunto, patria también del célebre Juan Caballero, y foco del bandolerismo andaluz. Ignoro si es cierto que los bandidos respetan, como a cosa sagrada, a los habitantes de Estepa, y si verdaderamente toda Estepa está de acuerdo con los bandidos.

Resulta Estepa, mirada así, algo como una ciudad santa al revés, la Cholula o la Meca del bandidaje, y sus moradores, coligados para defender y encubrir las correrías y demasías de los bandidos. Yo lo había leído en la obra de Zugasti: "El Bandolerismo"[28], pero presumo que desde esa fecha, algo se habrá modificado el estado social, allí y donde quiera.

Si creemos a las consabidas Revistas, todo sigue igual en Estepa, la cual se siente orgullosa de sus bandidos, los reverencia, los adora, y en el Vivillo ve un ídolo. Sin la complicidad del ambiente, no se explicarían las *fazañas* del bandolero. Que hay corrientes de simpatía hacia los bandidos, y no sólo en Estepa, lo podemos decir los que nos encontrábamos en la Coruña cuando fue preso el célebre salteador gallego, Mamed Casanova. No creo que exista comarca menos penetrada del espíritu del bandolerismo que Galicia: aquí es frecuente el hurto, y raro el robo a mano armada; aquí las "gavillas" que en otras épocas asolaron el país, no han dejado leyendas de sugestión, sino de miedo y repulsión. Y no obstante, muchas veces el ambiente ha colaborado.

---

[28] Julián de Zugasti es autor de *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, Madrid, Fortanet, 1876-1880, 10 vols. El prólogo primigenio, de Segismundo Moret, afirmaba que se trataba de un estudio que se remontaba "a los orígenes de aquella plaga, señalando las diversas concomitancias climatológicas, pasionales, etnológicas, históricas, políticas, económicas y sociales, que por tan diversos modos y por tan variadas sendas convergen a esa subversión espantosa de gran número de hombres contra el imperio de la ley, rompiendo así todo género de vínculos, desconociendo todos los derechos, olvidando todos los deberes, cometiendo toda clase de atropellos, perpetrando todo linaje de crímenes y proclamándose con arrogante fiereza en las poblaciones y en los campos en abierta, encarnizada e implacable lucha contra la Sociedad entera", *Vid.* la segunda edición en tres tomos, Córdoba, Albolafia/Diputación Provincial de Córdoba/V. Márquez, editor, 1983, pp. 36-37. Zugasti, liberal progresista, fue Gobernandor Civil de Córdoba en la difícil coyuntura política de 1868-1870 y se empleó con celo en la represión del bandolerismo andaluz generalizando la aplicación de la controvertida Ley de fugas en un difícil intento que trataba de paliar el caciquismo. Muy interesante resulta su estudio de la organización, vocabulario y tipología del bandolerismo, así como su distinción de una etapa de especial virulencia bajo Fernando VII con figuras como El Tempranillo, los Siete Niños de Écija, Diego Corrientes, Luis Candelas, y de otra, correspondiente a la época isabelina que alcanzaría su cenit en el Sexenio, con la consiguiente degeneración del bandolerismo.

Yo recuerdo a la célebre "Loba", capitana de gavilla[29], a la cual conocí en casa de una señora de la aristocracia local, que prestaba a la ladrona de oficio sus joyas para asistir a los bailes de máscaras, y la "loba" se las restituía religiosamente. En cuanto a la famosa e histórica gavilla de *Sopiñas*, formada en el Ferrol, cuando las medidas de rigor tomadas contra ella lograron destruirla, se averiguó que estaban inscritos en sus filas, en calidad de socios protectores, no pocos respetados "oidores", escribanos, jueces, propietarios, comerciantes y demás gente seria, que, fuese para compartir ganancias, fuese para evitar vejaciones y riesgos, auxiliaba cuanto podía a los salteadores que ocultaban el fruto de sus rapiñas. Con respecto a Mamed Casanova[30], las altas clases no parecen haber simpatizado con él, pero el pueblo estaba de su parte, y las mujeres le manifestaban la mayor ternura. Cestas rellenas de excelente comida, de ruedas de merluza, de jamón, hasta de flores, subían por una cuerda a depositar su contenido, al través de las rejas de la cárcel de mi pueblo, en la celda oscura y hedionda donde el bandido de las Grañas de Sor esperaba quizás evadirse, como lo había hecho de otras prisiones tantas veces... Pero en esta, los hierros eran sólidos, las paredes firmes, y el pájaro no voló. En cambio, el cariño popular arrullaba su sueño, con canciones alusivas, y las mozas juncales le dirigían, además de los manjares, miradas cargadas de fluido... Toda España es Estepa, a veces, como toda Francia es Tarascón. Tanto cautivaba la atención Mamed Casanova, que fue preciso dar otro giro a las conversaciones y otro pasto a las prensas, y afortunadamente don Miguel de Unamuno, persona de alto

---

[29] También de la mano de una voz preponderantemente primopersonal, aunque aquella vez en la ficción, en el cuento "La Capitana", nos había presentado a la legendaria *la Loba*, "Manceba, encubridora y espía de ladrones; esperándolos al acecho para avisarlos, o a domicilio para esconderlos; ayudándolos y hasta acompañándolos, se ha visto a la mujer; pero la Pepona no ejercía ninguno de estos oficios subalternos; era, reconocidamente, capitana de numerosa y bien organizada gavilla. (...) Lo cierto es que Pepona, tan clemente (con los suyos) era con los curas encarnizadamente cruel, y acaso ellos fueron los que añadieron a su nombre el alias de *la Loba*" (*Blanco y Negro*, nº 587, 1902, recogido en *Cuentos del terruño*, *vid.* Pardo Bazán, *Cuentos Completos*, edición de Paredes Núñez, A Coruña, Barrié de la Maza, II, 1990, pp. 343-344). El diálogo que se entabla entre la ficción del cuento y su versión periodística puede extrapolarse a muchos otros casos que ejemplifican la rentabilidad de ciertos temas y los traspasos o contaminaciones entre géneros y tonos de escrituras.

[30] De él trata en el nº 1088 de *La Ilustración Artística*, 3-XI-1902, p. 714. Consigna su captura en el nº 1098, 12-I-1903, p. 42. Paredes Núñez anota la distinta percepción del personaje en Pardo Bazán y Valle-Inclán: "Mientras don Ramón siente por él profunda admiración, encontrándole 'hermoso' como un bastardo de César Borgia, doña Emilia piensa que se trata de un vulgar criminal, muy distante del porte y gallardía de los grandes bandoleros que asombraron por sus hazañas (*Diario de Pontevedra*, 19 de noviembre de 1902)", *Ibidem*, II, p. 449.

relieve y originalidad, vino a hablar, invitado por la Sociedad de Artesanos, y nos libró de la obsesión del bandidaje[31].

Volviendo al Vivillo, sus biógrafos franceses se extasían ante la habilidad y destreza del ex– arriero Camargo. ¿A qué francés no le entusiasman estas notas tan características, tan conformes con la España romancesca y de abanico, pandereta y ópera cómica? Vivillo había organizado, nos cuentan, sus huestes, y extendido su acción sobre cinco provincias andaluzas, (¡el pobrete de Mamed, circunscrito a su serranía de las Grañas!). Dirige su empresa, de vastas ramificaciones, de ocultas ruedecillas múltiples; envuelve en la red a todos, a los ricos y a los pobres, adueñándose de unos por el miedo, de otros por la simpatía; encuentra donde quiera cómplices y confidentes; y no contento con la fuerza que le presta su innegable popularidad, aspira a ser un resorte de gobierno; quiere impulsar la política, y sacar diputado a quien le plazca. Llegado a este punto, no hay nada que se le resista: por medio de la política, se hace todo, se vence todo... Éste es el cuadro de nuestras costumbres que las susodichas Revistas presentan, y en el fondo no es enteramente inexacto, aunque en los detalles haya alguno tan asombroso como que se refiere a la *Liga de los Vinculeiros*, que en *Badajoz y Cáceres* se alió con Mamed Casanova (¡!) según acabo de leer en *La Revue*, publicación entre cuyos colaboradores me cuento y que consagra a las cosas de España bastante espacio, aunque en el caso presente, no podamos ensalzar la variedad de su información.

Aquí no he oído hablar nunca de esa *Liga de los Vinculeiros*... Vinculeiro quiere decir, en gallego, vinculista, y como los vínculos y mayorazgos están abolidos desde hace muchísimo tiempo, no sé qué diantre de vinculeiros serían los que se aliasen con el bandido de las Grañas, el cual, hagásmole esta justicia, en política jamás, que yo sepa, se mezcló. De estos descubrimientos hacen a cada minuto nuestros vecinos, cuando de nosotros se trata, dejándonos con tanta boca abierta.

Menos mal que el descubridor de la *Liga de los Vinculeiros* de Cáceres reconoce, al final de su artículo, que los excesos y daños cometidos por nuestros bandoleros, son menores que los cometidos por malhechores vulgares en otros países, aunque los de acá soliciten más la curiosidad por su carácter pintoresco y semihistórico. ¡Eso es ponerse en razón! El bandolerismo español está, a la hora en que trazo estas líneas, casi enteramente extinguido, pero, aunque se hallase en su período de mayor esplendor, en los tiempos áureos de Diego Corrientes, no lo cambio por el apachismo. En nuestros bandoleros hay el vigor de una raza, hay un idealismo, todo lo plebeyo y primitivo que se quiera, pero varonil. El

[31] Doña Emilia evoca aquí la estancia coruñesa de Unamuno en junio de 1903, en el mismo periodo de tiempo en que su atención a Mamed Casanova se prodigó en la prensa. El artículo se retrotrae al pasado de algunos años atrás, o la autora lo recupera para actualizarlo.

apachismo aparece como sintomático de un período de decadencia profunda, y además encierra un problema moral, (renglón recortado).

Notadlo: mientras los bandidos andaluces se pierden y enloquecen por una mujer, sea o no de su clase social, y esto lo nota el articulista de la *Revue*; mientras sienten las pasiones del hombre, los apaches revelan la del mico, y su abyección es tan notoria, y tan escabroso el tema, que pasaré por él como sobre vivas ascuas... De un pueblo en que se produce el tipo del bandolero andaluz podrá decirse mucho y no halagüeño, en el terreno del atraso, de la indisciplina anárquica, de la ferocidad, -aunque no han solido los bandoleros verter sangre por el gusto de verterla, sobre todo en los últimos tiempos, y el Vivillo fue en este particular un Tito por lo clemente; - pero los apaches delatan otros peligros, una deshumanización peor, algo que se relaciona con la formación de su niñez... Y vuelvo a tranquilizarme: aquí los apaches no llegan, a pesar del chulismo de Madrid, que parece excelente campo de cultivo para esa semilla de hongos de pudridero.